

lata en la Virgen pequeña y morenita, que en sus andas doradas, entre besos de moza y suspiros de vieja, entre flores y luces, y entre espigas doradas, es más Reina de la sierra que señora del mundo.

Tiene su ermita,  
tiene su ermita,  
la Virgen del Saliente  
la pequeñita.

Nunca los pies hurdieron mas á prisa la trama alegre de la danza serrana; la copla en los labios rojos y resecos, pugna por ser mas fuerte y decidora y del corro surgen frases galantes que alegran la fiesta con respuestas ruidosas de los mozos que bailan.

Reina del cielo  
que me quiera la moza  
que yo más quiero.

Un compás agitado, y cesa el baile; pero aún agita el viento ritmos alegres de guitarras cercanas y de coplas iguales.

Por la Virgen Santa, por la Virgen bendita, por la fiesta serrana, que como es su ofrenda, toda suena alegre porque las campanas han atronado la montaña y el valle con armonía metálica, porque los cohetes y las palmas reales estallan de gozo junto al cielo, porque no hay voz ni murmullo que no tenga algo de himno y de promesa; y todos son colores, porque el sol se quiebra misterioso en la cristalería de las copas del vino, que también ha acudido á la fiesta del gozo y la alegría, y refulge en el lienzo de los puestos de dulces, y al penetrar por las ventanas de la ermita, en medio de la luz amable y dulce de aquel rincón sagrado, se ha deshecho en policromías azules y verdes, amarillas y rojas; y todo es alegría, porque todo es ruido, y todo son olores; porque huele á tomillo y á romero, y porque en tantos pechos, aun aletean las palabras del cura que antes de consumir, reposando sus años entre los graves brazos de un sillón de vaqueta, os ha contado señoril y evangélico la sentida leyenda, dulce y amable como antaño:—la Virgen santa se apareció en el cerro, demandando su iglesia y cuentan los pasados que sus muros cayeron cuando estuvo acabada, por estar en el llano ansiosa de la altura. Y os ha contado sus benditos amores, cuando niña inocente anduvo por el mundo esperando el Misterio. Y vuestros corazones han latido mas fuerte que nunca, y en vuestros pechos, se ha albergado una pena tal vez envuelta

en una envidia, que ansiosa de escaparse ha desbordado en la clásica alegría de la parranda, que un poco entre murciana y andaluza, tiene cadencias lángidas de la huertana fértil, y toda la coquetetería sentimental de un barrio sevillano.

Por la Virgen santa, por la virgen bendita, rasga tu guitarra mozalbete serrano, si sabes los misterios de las cumbres y tienes en tu rostro la leyenda del sol.

JUAN DIEGO PÉREZ (MENOR).

## OTOÑAL

Ya no hay aromas en los jardines  
Porque sus flores mustias están;  
Y en la arboleda, las hojas secas,  
Son el juguete del huracán.

El triste canto de la corneja  
Se escucha solo, ya en derredor...  
Ya no se oyen las armonías  
Dulces y amantes, del ruiseñor.

En rauda vuelo, las golondrinas  
Cruzan los mares, llenas de amor...  
Luces buscando, que aquí las sombras  
Todo lo cubren con su pavor.

Las frescas brisas de las mañanas  
Llenas de encanto del mes de Abril,  
Grato recuerdo dejan al alma,  
Sueños de Gloria, delicias mil.

Que ahora las tardes de angustia y tedio  
Causan pesares al corazón;  
¡Despojos tristes de aquellos días  
Que es todo amores, dicha, ilusión!

¡Esta es la vida!, tras los recuerdos  
Que el pecho llenan de grato afán,  
Llegan las tardes de la existencia,  
Que á desengaños, unidas van.

ANTONIO SÁNCHEZ.

## FANTASÍA

Pueblo mío: Aún no ha empañado tu atmósfera el humo de las fábricas; aún no se ha sentido en tu suelo el rechinar del hierro; ni la piqueta del minero, ha hollado la belleza inmaculada de tus sierras; ni tampoco han herido con blasfemias, la virginidad de tu zambra morisca—Todo en ti es reposo: en el aire, todo amor.

Tus ruidos, suenan á fiesta y á sonata. Entre ellos se siente el triste cascabeleo de las mulas, que llevan y traen el viejo coche-correo; el silbo del cohete que anuncia la fiesta: y la desarmonía de una banda desbandada, que recorre con algazara chillona de pitos y chiquillos, las calles principales, en día de procesión. Alguna vez, también pasó el automóvil, tocando su sirena de viaje y tocando en los corazones con sus alas impalpables de misterio; el polvo veló el coche y el aire de olor á gasolina, veló el ruido...

Del campo, no ha huido la inocencia, tiene la tranquila majestad de los *bohíos* cubanos y aunque las tierras son yermas y las casucas sean feas y pequeñas, no dejan de tener la dicha y la poesía de todos los rinconcitos apartados del

mundo—En ellos, cae el rocío y se cuaja en gotas cristalinas de rica perlería; cae también el sol, tiñendo los rostros de las mozas serranas, el sol del verano que seca las flores y que luego en primavera hace crecer la hierba. Al amanecer, todo es canción: suenan las esquilas del ganado que paca en las cumbres; ladra el perro al caminante; canta el gallo; en invierno, trina el gorrion sobre el alero del tejado; y en verano, pia la golondrina alrededor de la era. Todo es paz y amor en el valle.

En el sosiego, pasó mucho tiempo el campo y el poblado: pero un día muy frío, en que el ave agorera del invierno barruntaba muchas nieves, vino un grito extraño, con sabor á cadenas y olor á antracita, ni mas ni menos, que el canto del trabajo y el incienso de la industria:

¡El tren! ¡El tren!

El tren iba á visitar mi tierra y se recibía con júbilo, como si fuera un mensaje de paz, con la misma alegría bondadosa, que se reciben los recuerdos, bajo la caricia suave de una brisa vernal.

Aquella noche cuando todo en silencio dormía, y los cuerpos ateridos recibían el dulce calor de la cama, las almas volaron á una ciudad muy lejana, negra por el humo de las fábricas y que se asentaba junto la orilla del mar; allí les amaneció, y cuando el disco del sol pintó rojeces en los nublitos, vieron salir al monstruo con despérezó languido, vieron ondular la negra crin en el aire oyeron su silbato y se durmieron. Luego mas tarde, corrieron á esperarlo con algazara loca, contemplaron la quietud del valle hendido por la masa negruzca de sus hierros; y oyeron sus quejidos, suaves y armoniosos primero, como si vinieran de muy allá, de tierras ignoradas, despues mas broncos, con el pesado jadeo de tanto caminar.

El sol, había salvado las cumbres enrojando los derruidos muros del castillo morisco y esparciendo una brisa de leyenda; la niebla, en girones humeantes, huía, y se enredaba en las zarzas; y se perdía en el ambiente....

¡Viva! ¡Viva! ¡Ya viene el tren! ya ha pasado el puente.... Ya llega á la ermita... Frente á la Virgen, se para como siempre. El silbo es cascabeleo, el maquinista agita las riendas y mientras tanto aspira incausable el humo del cigarro; la locomotora descansa, es algo feúcha, pero corre bien, y en el único coche que arrastrá dormita un viajante.

Yá han despertado las almas, ya se ha esfumado el humo... la ilusión... Otra vez sonó el grito y no soñaron... Después volvió á sonar, pero la voz no encontró eco—Ahora resurge de nuevo y EL IDEAL VELEZANO le dá fiel acogida, y quiere desterrar de labios pesimistas, la irónica sonrisa, y se siente orgulloso de la alegría que nos viene á traer. Ojalá que así sea; mientras tanto, esperad veleznos; esperad, que el tren está lejos y algo ha de tardarse, pero su paso es largo y ya se oye el silbato.

M. G. ALCARAZ